

Efectos de la Sana Doctrina

NO. 324

**UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 22 DE ABRIL, 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

“Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.”

Mateo 24:24.

Esta noche no estoy a punto de entrar en algún debate que compruebe la doctrina de la elección. Eso ya lo he hecho otras veces, y estoy preparado para hacerlo de nuevo. Me propongo hablar, más bien, acerca de algunos efectos prácticos que resultan de este artículo de fe del creyente. Sin embargo, no podríamos comentar el texto sin observar que es muy cierto que hay unos elegidos, y que estos elegidos son un pueblo especial; pues son definidos aquí como: “los escogidos”, aquellos que lo son de hecho y en verdad.

Es igualmente claro que estos elegidos no pueden ser engañados. El texto nos informa que si fuere posible, esos engañadores que llegarán hasta el punto de hacer grandes señales y prodigios, añadiendo a todo eso, sin duda, todo tipo de elocuencia y persuasión, no serán capaces de engañar a los escogidos; la simple razón de ello es que no es posible. Los engañarían si existiera una posibilidad, pero los elegidos son un pueblo que no puede ser desviado de la firmeza de su fe, y no podrá ser engañado.

Además, podemos agregar que en el versículo veintidós, se habla de este mismo pueblo elegido como conformado por aquellos por cuya causa, el rigor de los castigos de Dios es aminorado. “Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.” Dios no mitiga el rigor de Sus dispensaciones por causa de toda carne, sino por causa de los elegidos. El lastimoso gemido de la humanidad no mueve al Todopoderoso a reprimir Su justa dispensación del castigo sobre las naciones; pero el clamor de los elegidos conmueve Su corazón. Por su causa, Él promete acortar aquellos días, y envainar Su espada, por decirlo así, antes de tiempo.

Hacemos estos comentarios, simplemente para mostrar que en los tratos de la providencia de Dios, y en verdad, también en los tratos de Su gracia, Dios tiene una consideración especial para Sus elegidos y justificados. Por causa de los escogidos, Él hace muchas cosas que de otra forma no entrarían en el plan de Su gobierno. Si leyéramos nuestra Biblia en el original, nos impactaría en grado sumo la prominencia que le es dada a la doctrina de la elección.

Hermanos míos, si ustedes conocieran las costumbres de la primitiva Iglesia cristiana, o leyeran cualquiera de las cartas que han sido preservadas y que proceden de la primera etapa del cristianismo, se sorprenderían al encontrar cuán conspicuamente figura esta doctrina; tanto, que los cristianos estaban acostumbrados a dirigirse entre ellos como *los elegidos*.

El término, lejos de ser recóndito, era común en la conversación diaria, y la doctrina estuvo lejos de ser mantenida en un segundo plano, –no dudo al decir que junto a la doctrina de la crucifixión y la resurrección de nuestro muy bendito Señor–, ninguna otra doctrina tenía tal prominencia en la iglesia cristiana primitiva, como la doctrina de la elección por gracia. La palabra “*elegido*” figuraba tan frecuentemente en su conversación, y estaba tan mezclada en todas sus predicaciones, en todas sus asambleas, y en todos los actos de su iglesia, que es imposible concebir que su significado pueda ser oscurecido, o tenido en desestimación.

Tal como lo dije antes, no es mi intención extenderme en este momento sobre ese asunto. Mi simple tarea será limpiar la doctrina de las diversas aspersiones que han sido rociadas sobre ella, mostrándoles su propia influencia práctica, una influencia que espero que como una iglesia, no mostremos meramente en palabras, por los labios de nuestro ministro, sino que la mostremos como pueblo, en nuestra vida diaria y en nuestra conversación.

A menudo se ha objetado contra aquellos que sostienen la doctrina de la elección, que restringe a los ministros en cuanto a predicar con denuedo a los pecadores. Ahora, somos compelidos a confesar con la mayor tristeza, y puedo agregar que con no poca indignación, que ha habido algunos hombres que no han podido captar jamás el Evangelio en su integridad, y que han sido incapaces de presentar la gracia de Dios en su soberanía y en su gratuidad a las mentes de los hombres. Aunque sus sermones suenan a veces con la clara nota melodiosa de la gracia, a menudo están muy inclinados a limitar el alcance de su bienvenida, y a inventar sus propias explicaciones, para desvirtuar el simple significado de las Escrituras.

Tales hombres se autodenominan calvinistas, pero, a diferencia del reformador Calvino, cuyo nombre adoptan, utilizan un sistema de teología para interpretar la Biblia, en vez de hacer que todo sistema, independientemente de cuáles sean sus méritos, ceda, y deje lugar a la Palabra de Dios pura y sin adulteración. Ellos no quieren imitar a su Señor invitando a todos los hombres a Cristo, –no se atreven a predicar a un Cristo pleno a pecadores vacíos–, se avergüenzan de decir: “A todos los sedientos: Venid a las aguas.” Se han visto obligados a cubrir un pasaje como este, porque no podían entenderlo: “¡Jerusalén, Jerusalén,. . .! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” No se atreven a predicar sobre un texto como este: “Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis. Sienten vergüenza de decir a los hombres: “Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?” No se atreven a salir a predicar como Pedro predicó: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados.” Esto, dicen ellos, sería negar la doctrina de la elección en el acto.

Pero, amados, nosotros no hemos conocido a Cristo de esta manera. Confío en que hemos aprendido a demostrar prácticamente por nuestro ministerio, que es posible tener todas las entrañas de la compasión que un hombre pueda sentir por las almas moribundas, y sin embargo, asir con una mano firme el estandarte de la doctrina de la gracia. Han sido nuestra meta y objetivo –al menos en cuanto a mí, han sido mi meta y mi objetivo en mi ministerio–, mostrar que, aunque el Señor conoce a los que son Suyos, al mismo tiempo está escrito sobre la fuente de aguas vivas: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”

También algunas veces se ha dicho que la doctrina de la elección conduce naturalmente al abandono, a la negligencia y a la dureza de corazón en el pecado; que actúa como un espantajo para asustar a los penitentes, y como una droga que sumerge al impenitente en un sueño más profundo. Otra vez aquí, debo confesar, pues no es sino el deber de la sinceridad el reconocerlo, que la predicación de algunos ha tenido esta tendencia; esta doctrina ha sido usada demasiado frecuentemente para destrucción de las almas de los hombres. Pero qué argumento es este en contra de su verdad: ¿cuál verdad no ha sido pervertida?

Por otro lado, están aquellos que enseñan la misericordia universal de Dios, y, ¿no ha condenado eso las almas de los hombres? Ustedes pueden enseñar, y hacerlo correctamente, que Dios es longánimo, y que a la hora undécima todavía invita a Sí al pecador; pero, ¿acaso el propio hecho de la longanimidad de Dios no ha ayudado a arrullar a los pecado-

res para que duerman, y no ha debilitado el poder de esa tremenda palabra: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.”

No hay ningún pasaje en la Escritura que no pueda ser el medio de la destrucción de un hombre, si él quisiera convertirlo en eso. Ustedes podrían arrojarse desde el propio pináculo del templo, diciendo al momento que comenten el suicidio: “me ha entregado al cuidado de Sus ángeles, para que me guarden en todos mis caminos.” Si ustedes son lo suficientemente necios para destruirse a ustedes mismos al pie de la cruz, pueden hacerlo. Hay muchos caminos que conducen al infierno, y cuando un hombre quiere cometer un suicidio en su alma, no andaría despistado si quisiese destilar de las verdades más sanas de las Escrituras algún veneno para su espíritu. Por tanto yo afirmo que no comprueba absolutamente nada en contra de la doctrina, el que los hombres la hayan pervertido así.

De la misma manera, esta doctrina ha sido acusada de una tendencia a suprimir las simpatías de un cristiano por sus semejantes. “En verdad” –dice uno– “si tú crees que eres un elegido, y si yo no puedo aceptar esa doctrina, pero, sin embargo, pongo mi humilde confianza en Cristo, hay una tendencia en la doctrina para volverte exclusivo, y separarte de todo el resto de los hombres.” Además, debo hacer una confesión: demasiadas personas sostienen con amargura las doctrinas de la gracia.

Un viejo puritano de la iglesia de la Cruz de San Pablo, se quejaba de un grupo de ministros que eran como el avetoro, –usando esa extraña palabra–, eran como el avetoro, según decía él. No cantaban, sólo podían reproducir mugidos. No tenían una dulce nota para cantar. ¡Ay!, hay algunas personas que son así. Su estilo siempre parece ser: “si crees lo que predico irás al cielo: si no crees, te advierto solemnemente como corresponde a un hombre fiel, que no hay remedio para ti.” No importa que sólo hubiera una sombra de diferencia, aunque los indoctos no pudieran discernir algún punto de divergencia, sin embargo, de acuerdo a estos buenos hermanos, vamos a ser destruidos para siempre, porque no nos podemos sentar a sus pies y recibir exclusivamente todos los dogmas que ellos enseñan.

Pero, queridos amigos míos, si algunos de ustedes están laborando bajo la idea de que la doctrina de la elección alienta un espíritu así, permítanme desengañarlos. Por el contrario, ha sido el deseo del verdadero calvinista, –no de los hipercalvinistas, no puedo defenderlos a ellos–, sentir que si ha recibido más luz que otro hombre, es debido a la gracia de Dios, y no a sus méritos. Por tanto, mientras la caridad es inculcada, la jactancia es excluida. Extendemos nuestra mano a cada persona que ama al Señor Jesucristo, sea lo que sea o sea quien sea.

La doctrina de la elección, como el grandioso acto de la propia elección, no tiene la intención de dividir entre Israel e Israel, sino entre Israel y los egipcios; no dividir entre santo y santo, sino entre santos y los hijos de este mundo. Un hombre puede ser evidentemente de la familia escogida de Dios, y sin embargo, aunque elegido, puede no creer en la doctrina de la elección. Yo sostengo que hay muchos que son llamados salvadamente, que no creen en el llamamiento eficaz, y que hay una gran cantidad que persevera hasta el fin, que no cree en la doctrina de la perseverancia final.

Esperamos en verdad que los corazones de muchos sean mucho mejores que sus cabezas. No atribuimos sus falacias a una premeditada oposición a la verdad que está en Jesús, sino simplemente a un error en sus juicios, que oramos para que Dios corrija. Esperamos que si piensan que estamos equivocados también, nos reciproquen con la misma cortesía cristiana; y cuando nos reunimos alrededor de la cruz, esperemos sentir siempre que somos uno en Cristo Jesús, aunque el espíritu ministrante todavía no nos haya conducido a todos nosotros a todas las longitudes y anchuras de la verdad.

Habiendo así limpiado el paso, al haber cortado unos cuantos árboles que han estado obstruyendo el camino, procedo a notar ahora el efecto real de la doctrina de la elección en el verdadero cristiano. Voy a dividir mi tema de esta manera: La influencia que tiene sobre nuestras *opiniones*, nuestras *emociones*, nuestra *experiencia*, nuestras *devociones* y nuestras *acciones*. Yo concibo que estos cinco elementos abarcan el todo de la vida cristiana.

I. LA CREENCIA EN LA DOCTRINA DE LA ELECCIÓN TIENE UN EFECTO ALTAMENTE SALUDABLE SOBRE NUESTRAS OPINIONES.

Cualquier observador que haya mirado a lo largo de la historia de la Iglesia, no podría dejar de descubrir que la *doctrina de la gracia* ha ejercido una influencia como la de la sal, sobre las mentes de aquellos que han sido arraigados y cimentados en su vigoroso y fructífero suelo. En el momento presente, el luteranismo en el continente europeo es escasamente mejor que la infidelidad. He sido informado por algunos con capacidad de juicio, que demasiados seguidores de Lutero se han vuelto degenerados, han hecho a un lado la espiritualidad, y han regresado a los miserables elementos de la Iglesia Católica, a pesar de que persisten en su profesión protestante.

Pero, queridos hermanos, no puede decirse lo mismo de los seguidores de Calvino. La Iglesia Reformada Holandesa, aunque contiene muchas cosas que debemos lamentar, no se ha desviado de la verdad que está en Jesús. Si entran al lugar de adoración donde la iglesia reformada ocupa

el púlpito, no estarán desorientados para descubrir el camino al cielo. Puede haber mucha sequedad en sus oraciones, y demasiada opacidad en su modo de predicar, pero allí está la verdad, la verdad vital, y Dios la sigue validando en la salvación de los pecadores. Tal vez no ostenten una fama tan elevada o tal vez no ejerzan la misma influencia que sus nobles ancestros, pero no se han desviado a la herejía, y no han pervertido las verdades del Evangelio de Cristo. Y a pesar de todas las apostasías de la edad presente, aunque esos sectarios de todos los tipos se hayan incorporado a la Iglesia de Roma, difícilmente puedo recordar una sola instancia, en la que algún hombre que haya abrazado una vez la “forma de las sanas palabras” llamadas las doctrinas de la gracia, las haya abandonado; por lo menos, no se han desviado hacia la desesperada herejía de esa falsa Iglesia.

La verdad es que la doctrina de la elección, –junto con las verdades hermanas vinculadas a ella--actúa como una grandiosa ancla. Sostiene firmemente al alma, y por medio de la influencia del Espíritu Santo, el hombre es llevado a sentir que tiene algo estable en lo que puede apoyarse, y que no puede abandonar ni ahora ni nunca para ser sacudido de un lado a otro sobre un mar, sin mapa ni brújula, a merced de todo viento de doctrina. Hay algo en esa doctrina que, por decirlo así, cava la tierra y permite que el alma eche raíces profundamente, que nos ciñe a todo alrededor como con una triple lámina de acero, y no deja espacio en el que la flecha de la infidelidad o de la falsa doctrina pueda penetrar para herirnos.

Como una iglesia y como un pueblo unidos en el temor del Señor, espero que demostremos al mundo en nuestra experiencia, que aunque otras iglesias puedan apartarse gradualmente de su simplicidad y de su firmeza, nosotros, abjurando de todo lo que no es consistente con la simplicidad y hermosura de la verdad desnuda, sostendremos con firmeza la forma de la verdad que hemos recibido, y que nos ha sido enseñada por el Espíritu de Dios en Su santísimo Libro.

Y eso no es todo. Entiendo que la elección –y estoy hablando aquí de todo el conjunto de verdades que se agrupan alrededor de ella como su sol central–, no solamente tiene poder de salvar, sino que ejerce el poder de condimentar y de sazonar sobre todas las demás doctrinas nuestras. El evangelismo más puro brota de esta verdad. No diré que el arminiano enseña que la salvación es por obras; esto es tan continuamente negado por el arminiano, que no voy a levantar ningún falso cargo en su contra, ante lo cual profesa horrorizarse; pero al mismo tiempo afirmo que la tendencia del arminianismo es hacia la legalidad; no es nada sino el legalismo lo que yace en la raíz del arminianismo. Cualquier doctrina que di-

fiera de la ortodoxia, si la disecan cuidadosamente, mostrará que, después de todo, la base de toda la diferencia es el legalismo.

Acabo de recibir el otro día una carta de un sincero arminiano que estaba ansioso de corregir mis opiniones. Dice: “si Dios ha elegido a algunos hombres desde antes de la fundación del mundo, ¿no es más consistente con Su justicia concebir que eligió a aquellos que a lo largo de sus vidas han realizado sus mejores esfuerzos para servirle, en lugar de que elija al borracho, o a la ramera, para darles la salvación?” Por supuesto que es más consistente. Moisés así lo demuestra, si la salvación fuera por la ley o por las obras; pero es totalmente inconsistente con el Evangelio, pues Cristo declara: “Los publicanos y las ramera van delante de *vosotros* al reino de Dios”—esto es, delante de ustedes fariseos— delante de los propios hombres que en su propia manera ciega se han esforzado por ganar la salvación por obras.

Mis queridos amigos, después de todo, dar coces contra la doctrina de la elección es dar coces contra el Evangelio, porque esta doctrina es un primer principio en el plan divino de la misericordia, y cuando es debidamente conocido, prepara nuestras mentes para recibir todas las otras doctrinas. O, por el contrario, si entienden mal esto, con toda seguridad cometerán errores acerca de todo lo demás.

Tomen, por ejemplo, *la perseverancia final*. Algunos hombres afirman: “si continuamos en la fe, y si continuamos en santidad, con toda seguridad seremos salvos al final.” ¿Acaso no ven de entrada que esto es un legalismo —que esto es colgar nuestra salvación de nuestras obras— que esto es hacer que nuestra vida eterna dependa de algo que hacemos?

No, la doctrina de *la justificación* misma, según es predicada por un arminiano, no es otra cosa sino la doctrina de la salvación por obras, después de todo; pues él siempre piensa que la fe es una obra de la criatura, y una condición de su aceptación. Es tan falso decir que el hombre es salvo por fe como una obra, como que es salvo por las obras de la ley. Somos salvos por fe como el don de Dios, y como el primer indicador de Su eterno favor para con nosotros; pero no es la fe como nuestra obra la que salva, pues de otra manera seríamos salvos por obras, y no del todo por gracia.

Si necesitaran algún argumento sobre este punto, los refiero a nuestro gran apóstol Pablo, que tan constantemente combate la idea de que las obras y la gracia puedan ser unidas jamás, pues él argumenta: “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.”

Creo que percibirán, si analizan la lista de poderosos predicadores, que todos aquellos que han sido grandiosos en la simple predicación de

la doctrina de la salvación por fe, han sido hombres que han sostenido la doctrina de la elección; no podrían encontrar, que yo sepa, sino una o dos antiguas obras puritanas escritas por alguien que no haya sostenido esta verdad. No pueden descubrir a ningún gran teólogo –volteando la mirada a lo largo de los siglos– que no la haya sostenido. Ha habido algunos pequeños, en tiempos modernos, y muy sinceros por cierto, pero las pasadas edades han estado completamente desprovistas de algún gran predicador que no haya sostenido esta doctrina. Podría mencionar como excepción a Wesley, y a Fletcher, de Madely, entre los modernos teólogos; pero en los tiempos antiguos, no hubo nadie que fuera un gran predicador exitoso, que no haya sostenido la doctrina de la elección.

Esta doctrina siempre ha tenido un poder evangelizador en las almas de los hombres, de tal forma que aquellos que la han sostenido, han predicado más claramente que los demás la simple verdad de que somos salvos por gracia, y no por obras. Y yo agregaría, que también he observado que la doctrina de la elección ejerce otra influencia sobre las opiniones de los hombres: las vuelve más lúcidas y claras.

Entre los cientos de jóvenes que vienen continuamente para unirse a nuestra iglesia, procedentes de todos los grupos cristianos, he descubierto siempre que aquellos que tienen la mejor idea de la Escritura, –no mirándolo simplemente desde mi propio punto de vista, sino permitiendo que otras personas lo juzguen también–, son aquellos que sostienen esta doctrina.

Sin ella, hay una falta de unidad de pensamiento, y, hablando en general, no tienen la más absoluta idea de un sistema de teología. Es casi imposible convertir a un hombre en teólogo a menos que comience con esto. Si quisieran, podrían poner a estudiar a un joven en un Instituto durante años, pero a menos que le enseñes el plan básico del pacto eterno, logrará escaso progreso, porque sus estudios no tendrían cohesión, no podría ver cómo cada verdad se concatena con las demás, y cómo todas las verdades deben armonizar entre sí.

Una vez que alcance una clara idea de que la salvación es por gracia, que descubra la diferencia entre el pacto de obras y el pacto de gracia; una vez que entienda el significado de la elección, que enseñe el propósito de Dios, y su impacto sobre otras doctrinas que muestran el cumplimiento de ese propósito, a partir de ese momento estará en el camino principal para convertirse en un creyente entendido. Siempre estará preparado para dar una razón de la esperanza que hay en él con mansedumbre y reverencia.

La prueba es palpable. Vayan a cualquier condado a lo largo de Inglaterra, y podrán encontrar a unos pobres hombres que ponen cercas y ex-

cavan, pero que tienen un mejor conocimiento de la teología, que la mitad de aquellos que salen de nuestras academias e institutos, por la simple y sencilla razón de que estos hombres aprendieron primero en su juventud el sistema del cual la elección es un centro, y luego han comprobado que su propia experiencia coincide exactamente con ella. Han construido sobre ese buen cimiento un templo de santo conocimiento, que los ha hecho padres en la Iglesia de Dios.

Cualquier otro esquema no sirve para nada para construir, no es sino madera, heno y hojarasca. Amontonen lo que quieran encima, pero se caerá. No posee un sistema de arquitectura; no pertenece a ningún orden de razón o revelación. Un sistema desarticulado hace que su coronamiento sea más grande que su cimiento; hace que una parte del pacto alterque con otra; hace que el cuerpo místico de Cristo sea informe por completo; le da a Cristo una esposa que Él no conoce y no ha elegido, y lo ofrece en matrimonio al mundo, a cualquiera que quiera casarse con Él; pero Él no puede elegir. Desvirtúa a toda figura usada en referencia a Cristo y a Su Iglesia. El buen plan antiguo de la doctrina de la gracia es un sistema que una vez que es recibido, raramente es abandonado; cuando es aprendido correctamente moldea los pensamientos del corazón, y pone un sagrado sello en el carácter de aquellos que han descubierto una vez su poder.

II. En segundo lugar, voy a notar LA INFLUENCIA DE LA DOCTRINA DE LA ELECCIÓN EN NUESTRAS EMOCIONES.

Aquí no estamos hablando de un asunto de opinión sino de efecto. Yo pienso que el hombre que suspira por una confirmación divina de que es elegido de Dios, es necesariamente humilde. Pero el hombre que sabe por evidencias llenas de gracia que este sello ha sido puesto sobre él, es alguien en el que toda pretensión egoísta es ocultada para siempre. Si pudiera suponer que Dios lo ha elegido por el conocimiento o visión anticipados de algunas buenas cualidades que poseería, podría ser inflado con un insoportable engreimiento, pero él sabe que Dios ha elegido lo necio, lo débil, lo bajo, lo que no es, lo que no es digno de consideración por este mundo. Por tanto, debe tomar su lugar allá abajo, entre la basura de la tierra, antes de que pueda ser levantado por la gracia para que se sienta entre los adoptados herederos de la gloria.

Hay algunos que profesan creer en la doctrina de la elección que son tan orgullosos como Lucifer. Pero no es la doctrina de la elección la que los vuelve así; son sus propios corazones perversos los que convierten todo lo bueno en malo. Tales hombres, creo, son más bien fatalistas en su juicio, que creyentes de corazón en el amor de Dios el Padre. La doctrina en sí, si fuera correctamente interpretada, tendería a humillarlos y

a mantenerlos humildes. No se puede concebir un espíritu más contrito que el expresado en estas líneas—

***“¿Por qué fui conducido a escuchar Tu voz,
Y a entrar donde hay lugar,
Mientras miles hacen una elección desventurada,
Y prefieren morir de hambre a venir?
El mismo amor que aderezó el festín
Fue el que dulcemente me forzó a entrar;
De otra manera yo rehusaría todavía probar,
Y perecería en mi pecado.”***

Yo pregunto si un himno como este, que posee la propia sustancia de la doctrina, no es una mansa expresión de un alma disciplinada. ¿Acaso puede el corazón altivo y rebelde abrigar un sentimiento como este?—

***“¿Qué había en mí que ameritara estima,
O produjera deleite al Creador?
Así es, Padre, debemos reconocerlo,
Sólo porque a Ti te agradó.”***

El lenguaje de este himno debería estar en armonía con nuestra vida diaria. Si somos elegidos y preciosos, debemos inclinarnos humildemente delante del trono y dar a Dios la gloria de nuestra salvación.

Analicen otra vez la doctrina con relación a otra emoción del alma, no simplemente de postración, sino la emoción de la gratitud. Hay una munificencia común de Dios que apela a la gratitud común. Demasiado frecuentemente pasamos junto a estas misericordias ordinarias y menospreciamos a la bondad que las otorgó. “Que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.” Pueden salir fuera, a los campos, y ver la liberal providencia del Creador; y cuando lo hagan, les corresponde alzar sus corazones y adorar.

Pero, díganme, ¿acaso no hay un sentido más dulce de gratitud para el alma que experimenta Su particular favor? ¿Te ha llevado a la casa del banquete? ¿Su bandera sobre ti ha sido amor? ¿Coloca Su izquierda debajo de tu cabeza, y Su derecha te abraza? ¡Qué gratitud debería ser promovida por las especiales atenciones que dispensa a Sus elegidos! Esto seguramente pondrá algunas estrofas en tu salmo de alabanza que nunca antes reverberó a través de las alegres montañas y los fértiles valles; una música demasiado suave para el mundo exterior y únicamente adecuada para el tálamo íntimo del afecto.

Boaz dirigió una afectuosa salutación a los segadores. Él fue dadivoso con las jóvenes que estaban recogiendo las gavillas. Pero mostró su mayor amabilidad a Rut. La gratitud que ella sintió fue mayor que la de las demás. “Ella entonces bajando su rostro se inclinó a tierra, y le dijo: ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que me reconozcas, siendo yo extranjera?”

Este favor selectivo, este especial consuelo, esta conversación amigable, estas palabras al corazón, estas son las cosas que despiertan una devota gratitud en el creyente; el amor que distingue y que discrimina despierta el eco de una gratitud que sacude al alma.

Pero además, algunas veces dicen que esta es una doctrina muy sombría. Juan Calvino es descrito a menudo por aquellos que odian las doctrinas que él explicó y predicó –pues él no es el autor de ellas como yo tampoco lo soy—es descrito como un terrible asceta, de rostro intimidante, que predicaba la destrucción de los infantes, y que se gozaba con otros horribles sentimientos, que en realidad detestaba con toda su alma, y que sus escritos nunca inculcaron. Estas son invenciones de la falsedad. Es cierto que Juan Calvino era un hombre enfermizo y se miraba como tal, y era natural. Si un arminiano hubiera tenido que enfrentar la mitad de sus dificultades y pruebas, habría descansado en su tumba diez años antes; no hubiera tenido el vigor en su alma para soportar las enfermedades corporales que el pobre Juan Calvino tuvo que experimentar. Sin embargo, cada mañana se le veía camino al instituto de teología, dando sus conferencias en los salones ante sus estudiantes; y además contamos con el resultado de sus labores en aproximadamente cincuenta y seis grandes volúmenes de la más extraordinaria teología, que deberían leer primero antes de abrir sus bocas de nuevo, todos aquellos que se encolerizan en contra suya. Ese hombre fue preservado en medio de las pruebas, peligros, y aflicciones, pero siguió siendo un hombre gozoso en su corazón, con rayos de sol en su alma, cuyos destellos he visto en sus Comentarios, y descubierto continuamente en su Institución de la Religión Cristiana.

La tendencia de la doctrina de la elección no es sombría, sino que es gozosa. Yo sé que he experimentado momentos en los que mi espíritu ha estado tan abatido que nada podía alzarlo excepto esta preciosa verdad. He tomado incluso el libro del viejo Eliseo Coles sobre la Soberanía de Dios y he leído algún capítulo de ese libro como un tónico, y me he sentido más feliz y mejor. Después de la Biblia, esos libros tienden a alentar a las almas más que otros libros que conozca. En mis días radiantes y felices puedo conformarme con otras cosas, bagatelas, si ustedes quieren, pero debo asirme a cosas firmes cuando estoy en mi lecho de enfermo, y especialmente cuando me aproximo a la boca del sepulcro, y estoy listo para mirar a la eternidad.

Yo no sé qué podrán encontrar *ustedes* como consuelo, pero en cuanto a mí, no hay nada que me satisfaga como las doctrinas de la gracia, nada excepto esa doctrina me proporciona algún consuelo. Esta doctrina ha llenado de tanto gozo nuestras almas, que a veces no hemos sabido cómo

contenerlo; nos hemos remontado sobre alas de águilas hasta nuestro Dios, que nos ha hecho regocijarnos en Él por causa de Su favor selectivo.

¿Qué fue lo que hizo danzar a David delante del arca? La doctrina de la elección; pues, ¿qué le dijo a la mujer que se burlaba de él por su danza? Le dijo: “¡Dios me eligió en preferencia a tu padre!” Esa verdad lo condujo al júbilo; y muchos herederos del cielo han danzado delante del arca de Dios cuando el Espíritu les ha revelado que sus nombres han sido registrados entre los de los elegidos de Jehová.

III. Habiéndoles mostrado el efecto de esta doctrina sobre nuestras emociones, que nos humilla y alienta, y nos envuelve en santo gozo y arrobamiento, preguntémonos ahora QUÉ EFECTO TIENE EN NUESTRA EXPERIENCIA.

Este es el efecto en la experiencia del cristiano: le proporciona un regocijo en medio del profundo desaliento; y, además, lo modera en medio del gozo mundano. Parece decirle: “sin embargo, no os regocijéis de esto, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.” No voy a elaborar sobre esto, pero tal vez es justo que agregue este pensamiento: la doctrina de la elección ha tenido, en su burda expresión errónea, una influencia muy dolorosa en la experiencia de muchos jóvenes creyentes. Hay muchos que han recibido suficiente gracia para convencerlos de pecado, pero no la suficiente luz para ver al Salvador; por eso durante mucho tiempo son mantenidos en la oscuridad, y en el valle de sombra de muerte por miedo de no poder venir debidamente a Cristo, sin saber previamente si eran elegidos.

Este asunto fue traído a mi atención esta tarde por un miembro de un numeroso cuerpo de convertidos con los que tuve el placer de conversar. Una buena mujer me dijo: “yo experimenté un período de algo parecido a la esperanza después que fui llevada a buscar al Señor. Luego, súbitamente, la doctrina de la elección se atravesó en mi sendero, y durante mucho tiempo tuve una gran turbación al respecto.” No me sorprendió su ansiedad, pero me agradó saber que ella había obtenido la verdadera solución para ese intrincado dilema. Ella encontró la paz, no cerrando sus ojos a la verdad según está registrada en la Biblia, sino cuando esa verdad fue recomendada a su conciencia con el poder del Espíritu. Y ahora le ha quedado claro que la doctrina que una vez le parecía un oscuro presagio, como un muro de hierro o una pared de bronce que servía para impedir que *los pecadores* viniesen a CRISTO, es una puerta abierta para admitir a *los santos* a la presencia del PADRE.

¿Entienden esto, hermanos míos? Si hablo de *doctrina* en el orden divino, el propósito de Dios el Padre precedió a la obra de Dios el Hijo. Es

decir, fuimos inscritos como santos en el Libro de la Vida antes de haber sido declarados pecadores, y antes de que recibiéramos la sentencia de muerte en Adán.

Sin embargo, cuando vengo a hablar de *experiencia*, el orden es revertido. Somos conducidos a un conocimiento de nuestra pecaminosidad en la carne, antes de que conozcamos nuestra aceptación en el Amado. Si me aventurara a ilustrar lo que quiero decir, sin darles la impresión que me olvido de la Unidad eterna de las Tres Personas en la Deidad, se los presentaría de esta manera:

Dios el Padre nos amó primero, y nos dio a Cristo; esa es la doctrina del antiguo pacto. Pero al mostrarles la doctrina de la Redención, Jesucristo nos encuentra primero como ovejas perdidas, y luego, habiéndonos santificado por Su ofrenda única, nos presenta al Padre. O, para decirlo de otra manera, el *decreto de la elección* es más antiguo que el *hecho* de nuestro *llamamiento* según los consejos de la eternidad. No así en la ministración del Espíritu Santo. Aquí nuestro *llamamiento* es descubierto primero, y le sigue después el conocimiento de nuestra *elección*. Y, ¿por qué? Respondo que por esta razón: porque en el llamamiento de gracia somos vistos siempre como pecadores, y somos invitados y cortejados como pecadores; mientras que en la elección por gracia somos vistos siempre como santos, como personas santificadas en el más elevado sentido de la palabra.

Bien, entonces, somos invitados a venir a Cristo como pecadores perdidos; pero somos presentados al Padre sin mancha en amor como personas elegidas y preciosas. La elección clama tan fuertemente como cualquier otra doctrina: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” Y si la elección es llamada a rendir cuentas de esto, replica: “los que vienen, son aquellos que Dios quiere que vengan, y los que tienen hambre de venir, Dios los ha hecho hambrientos, y esa es la prueba de su elección.” Los que buscan deben encontrarle, pues la misma elección decreta que el que busca encuentra, y al que toque se le abrirá.

IV. Y ahora debo ser muy breve en verdad en relación al siguiente punto, que es EL EFECTO QUE TIENE LA ELECCIÓN SOBRE NUESTRAS DEVOCIONES.

Extraño es decirlo, pero este efecto es descubierto en el cristiano, independientemente de cuál sea su credo religioso. Mi hermano en Cristo, tú que has tenido durante mucho tiempo tus ojos ciegos por la maldad, ven y permítenos que te oigamos orar: “Padre nuestro que estás en los cielos, te bendecimos por Tu gracia que nos buscó cuando estábamos apartados de Ti, por Tu amor que fue forzado en nosotros cuando no te

amábamos. Te alabamos, Señor, porque nos llamaste, y nos trajiste al redil.

Ustedes ven que allí el hombre está reconociendo la gracia inmerecida de Dios en sus oraciones. Prosigue: “oh Señor, cuando miramos a quienes nos rodean que están todavía muertos en pecado, lloramos por ellos, y nos vemos forzados a decir, ‘oh Señor, es sólo por Tu gracia que somos lo que somos; Tú nos has hecho ser diferentes. Señor, toma a esos otros como tizones del horno, y extiende Tu mano para salvarlos.’” Bien, mi querido amigo, no los estás dejando a su libre albedrío para nada, no los estás abandonando, sino que le estás pidiendo a Dios que los elija. Estás expresando un calvinismo del orden más elevado; un hombre puede predicar arminianismo, pero no puede orar arminianismo; sería una blasfemia si lo hiciera en oración.

Y así la doctrina de la gracia es la propia inspiración de los himnos. Los himnos de Kent son, creo yo, casi tan desprovistos de cualquier poesía como otros himnos que hayan leído jamás; sin embargo, se desenvuelven con la plena marea de la melodía. Dan un simple enunciado de buena, sana y elevada doctrina, y eso es poesía, es poesía esencial, pues la poesía es, después de todo, la forma más grandiosa de la verdad. Siempre producirán un efecto en la adoración del hijo amante de Dios, por su creencia, su instintiva aunque tal vez negada creencia en la doctrina de la elección; una creencia que debe existir en la fe de cada hijo de Dios, independientemente de cuán enérgicamente le niegue un lugar en su credo.

Además, podemos preguntar, ¿acaso esta doctrina echa a perder la vigilancia del cristiano? Definitivamente no es así. Creyéndose elegido por Dios, siempre está vigilante en oración para no manchar sus vestidos, acarreando así deshonra al Dios que le ha honrado. O, ¿acaso se imaginan que esto le impedirá escudriñar las Escrituras, cuando sabe que tiene un interés especial en cada línea de la Escritura? La devoción de aquellos hombres que han sostenido esta grandiosa verdad no tiene comparación. Tampoco el ardor del más entusiasta creyente en las buenas obras ha rivalizado jamás con el santo ardor del hombre que no tiene nada que lo mueva en su oración, instrumentalmente, más allá del reconocimiento agradecido de su elección por Dios en Cristo Jesús.

V. Luego, concluyendo, preguntamos, ¿QUÉ EFECTO TIENE LA ELECCIÓN EN NUESTRAS ACCIONES?

Si esta doctrina es plenamente recibida y conocida, exhala junto con toda la gratitud hacia Dios, un sincero deseo de mostrar Su alabanza. Conduce a todo tipo de santa actividad, y a un esfuerzo de corazón en el servicio a Dios. Los escritores filosóficos nos dicen continuamente que la

idea de necesidad, –la idea de que todo es fijo o decretado–, tiene por efecto inmediato desalentar la actividad. Nunca se dio una más grave tergiversación. Miren a la redonda, y todo lo que ha sido grandioso en el espíritu de la edad ha tenido a alguien determinista como su promotor.

Cuando Mahoma predicó la predestinación, adoptó un punto de vista determinista. ¿Acaso esa doctrina de la predestinación volvió ociosos a sus seguidores? ¿No los hizo lanzarse a la batalla, declarando que debían morir cuando el tiempo establecido llegara, y mientras vivieran debían luchar y defender de corazón su fe?

O, tomando un ejemplo de la historia de nuestro propio país, ¿acaso el calvinismo de Oliver Cromwell volvió ocioso a su batallón de los Santos o *Ironsides*? ¿Acaso no mantuvieron seca su pólvora? Ellos creían que eran hombres escogidos por Dios, y, ¿no eran hombres de valor? ¿Acaso esta doctrina echó a perder su energía? Así, en cada buen proyecto nuestras iglesias no se quedan nunca atrás. ¿Acaso estamos rezagados en la empresa misionera? ¿Somos lentos en enviar hombres para que prediquen en tierras extrañas? ¿Somos deficientes en nuestros esfuerzos? ¿Somos nosotros de las personas que sólo quieren predicar a un grupo selecto? ¿Queremos construir edificios para la adoración, en el que los pobres difícilmente quieran entrar? ¿Somos nosotros de las personas que quieren mantener sus servicios religiosos para un círculo privilegiado?

El hecho es que los más celosos, los más denodados, y los más exitosos de los hombres, han sido aquellos que han sostenido esta verdad, y, por tanto, no puede ser cierto que esto tienda a apagar nuestras energías o contrarrestar nuestro celo. Pero la mejor prueba de esto está especialmente en nuestras vidas. En el medio de la santa congregación de Dios, demos testimonio que sostener esta verdad de que no nos vuelve ni impíos ni inactivos. Nuestro ansioso anhelo es ser purificados como hombres escogidos para llevar los utensilios del Señor. Es nuestra oración de corazón que a tiempo y fuera de tiempo podamos trabajar para ganar las almas de los hombres, sabiendo que a las iglesias es encomendada la obra de reunir a esas ovejas que no son de Su rebaño, pero que deben ser traídas, para que haya un rebaño y un Pastor.

Me he sumergido en la controversia esta noche; no es común que lo haga; pero todo constructor en estos tiempos debe tener su espada al cinto, y yo les he mostrado la espada esta noche. Que Dios nos conduzca a cada uno de nosotros a este glorioso Libro, para que nos aferremos a las verdades enseñadas. Y cuando hayamos visto una verdad, no seamos lentos para declararla. Tengan la seguridad de que aquellos que honran a Cristo en Su Palabra, serán honrados por Cristo en Su gloria.

Oh, que ustedes que están aquí presentes, que no han buscado nunca a Cristo, y no saben nada de Él, en vez de ser aterrorizados por esta doctrina, quieran ahora venir a Cristo, y decir: “¡Señor, tómame como soy y sálvame, pues Tú puedes hacerlo, y para Ti será toda la gloria!” Sería bueno si algunos de ustedes dijeran lo que un convertido que está presente ahora dijo cuando fue llevado casi a la desesperación. Dijo en su oración: “Jesús, si Tú no quieres recibirme, yo sí quiero recibirte;” y así se aferró a Jesús. Pronto, tuvo una visión clara de Cristo y de Su cruz, y pudo discernir personalmente que si quería tener a Cristo, entonces ciertamente Cristo ya lo había asido. Tal deseo y tal resolución no habrían brotado nunca de alguna otra manera en su alma. ¡Que Dios bendiga estos comentarios, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

Nota del traductor:

Los Ironsides: Spurgeon hace referencia a un regimiento de caballería, Los Ironsides o “costados de hierro”, reunidos para combatir a favor de la causa parlamentaria de Oliver Cromwell. Fue conocido también como el batallón de los Santos.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #324 – Volumen 6

EFFECTS OF SOUND DOCTRINE